

Las estrellas federales

Juan Diego Incardona*

El fenómeno se produjo en 1989 sobre el sector sudoeste del Conurbano, desde Villa Madero hasta Puente La Noria y alrededores. Desde mediados de septiembre, los días fueron calcados durante tres meses: por las mañanas, cielo nublado; entre la una y las tres de la tarde, sol; entre las tres y las cuatro, nubes; entre las cuatro y las cinco menos cuarto, lluvia; entre las cinco menos cuarto y las cinco y media, sol; a partir de las cinco y media, cielo nublado otra vez hasta el día siguiente, al mediodía, cuando todo volvía a empezar.

No se sabe si las semillas ya estaban esparcidas desde antes o si el viento matancero las levantó en aquellos días, desenterrándolas del campito y de la Chacra de los Tapiales, la cuestión es que las condiciones de luz y humedad resultantes de aquel insólito clima fueron óptimas para las poinsettias que, en plaga, cubrieron por completo la zona de Villa Celina con un rojo furioso, alfombrando potreros, banquetas a los costados de las autopistas, jardines, plazas, parques de los monoblocks e incluso canteros y macetas de balcones y patios.

La General Paz empezó a ser cruzada por curiosos, primero de localidades cercanas como Lugano, Soldati y Mataderos, luego por gente que venía del centro, arriba del 86, el 36 y el 143, para ver con sus propios ojos el milagro, el barrio sepultado en flores, el barrio bañado en sangre. La mayoría de la gente decía que era una bendición, la alfombra de Dios o de un santo popular, quizás el poncho colorado del Gaucho Gil, pero las mujeres de Giribone lideradas por la Porota entraron en pánico. A principios de diciembre, empezaron a juntarse en la calle para rezar y leer el Apocalipsis, mientras repartían unos volantes escritos a mano en los que anunciaban el principio del fin, la destrucción de La Matanza y del país entero, al que, según ellas, le había llegado la hora del juicio. Ya fueran optimistas o pesimistas, los vecinos asistían compulsivamente a las misas del Sagrado Corazón y de las Capillas de San Martín de Porres y Santa Teresita. Como en los templos no había espacio, las ceremonias se realizaban en la vía pública, que, además de estar cubierta de hojas punzó, se fue reduciendo debido a los puestos de los vendedores callejeros, donde había toda clase de mercadería, desde estampitas y biouterie religiosa hasta comidas, bebidas y ropa.

El 8 de diciembre, el barrio era un hervidero. Ricky, Tuta y yo veíamos el espectáculo en la esquina del viejo Tanque de agua, convertido ahora en una alta torre roja. Comparsas argentinas, paraguayas y bolivianas desfilaban por la avenida Olavarría levantando cruces e imágenes de santos y de distintas advocaciones de la Virgen, vestidos algunos con túnicas cristianas y otros con disfraces paganos de animales, arlequines y diablos. A su paso, arrojaban semillas por el aire: maíz, lentejas, porotos. Era un carnaval a doble mano, porque las formaciones, desorganizadas, entraban desde una y otra punta, ya por Puente 7, ya por la calle muerta de Banco Hipotecario. Los bailarines, al cruzarse, se amenazaban y se tiraban patadas, disputándose metros de la calle. Entre ellos, camionetas y carrozas cubiertas de platos, copas y vasijas

transportaban a las princesas, cholitas vestidas con mantas y polleras adornadas con plumas de gallos, cascabeles y lentejuelas cosidas que brillaban colores en todas direcciones, dando a Villa Celina el aspecto de un gran caleidoscopio. Bum, bum, bum bum búm, murgueros, batucadas y caporales competían tocando más fuerte y entonces los vidrios de las ventanas y las chapas de los techos retumbaban ecos a todo volumen, dando la sensación de una inminente explosión. Yo me tapaba los oídos y entrecerraba los ojos para jugar con la vista, buscando entre los galpones y las casas la aparición del hongo nuclear. Sus vientos huracanados levantarían el barrio de raíz y lo transplantarían, intacto, en campitos espaciales. Después, volvía a mirar normalmente y otra vez ponía los pies en la tierra, que se movía, que se movía. Ioja...! Ioja...! Vienen los congos... Chiquichi...! Brindando salud... Ioja...! Ioja...! Esta es la Juana... Chiquichi...! Más linda del Sur...

—¡De las orillas del Riachuelo, el Matanza y el Reconquista, las criaturas más fantásticas del mundo! ¡Ver para creer!

Una avalancha cruzó la calle y me dejó tirado en el piso. Quise levantarme rápido pero no pude, porque varios vecinos me aplastaban, caídos sobre mí, hasta que, por suerte, Tuta me agarró de los pelos y me puso de pie. Alrededor, los demás también se reincorporaban. Miré hacia adelante. Personajes de fantasía se abrían paso por Martín Ugarte, detrás de un estandarte de “El Circo de las Mutaciones”, que desde hacía pocos días acampaba en una de las canchas de la Sociedad de Fomento. Flanqueados por payasos y malabaristas, las atracciones eran anunciadas por el Presentador del circo, altoparlante en mano.

—¡Damas y caballeros! ¡De Laferrere, la Mujer Lagartija! ¡Miren, miren su cola larga y puntiaguda! ¡Mueva la cola, doña, mueva la cola Mujer Lagartija!

—¡De La Tablada, El Hombre Regenerativo! ¡Se corta un dedo, se corta una oreja, se arranca la lengua y vuelve a crecerle!

—¡De los potreros de González Catán, los Infracaballos! ¡Dos equinos del tamaño de hormigas! ¡Pero cuidado, buen señor, no me los pise!

La gente se rompía las manos aplaudiendo. El Presentador seguía, ahora, anunciando a los personajes disfrazados:

—¡De la Guerra de la Independencia, el fantasma de un soldado argentino! ¡Peleó con Güemes, peleó con Belgrano, peleó con San Martín!

—¡De los conventillos de Zona Sur, un enfermo desconocido! ¡Vuela de temperatura, vomita bilis y escupe sangre desde la Presidencia de Sarmiento!

—¡De la Cárcel del Fin del Mundo, el famoso Petiso Orejudo! ¡Incendia casas, mata niños y tortura animales! ¡Vecinos, tengan cuidado!

Las mujeres de Giribone, arrodilladas, ignoraban lo que sucedía alrededor y seguían rezando, ensimismadas, un rosario atrás del otro.

—Dios te salve María, llena eres de gracia...

De pronto, ¡paff!, un borracho salió de la nada y me pegó una trompada en la cabeza. Me caí de nuevo. Mis amigos me levantaron pero yo seguía mareado por el golpe. El paisaje cambiaba de color y ahora las poinsettias no eran rojas sino azules, después grises, después negras igual que todo lo demás y así pasé un rato, ciego, hasta que volvieron los grises, otra vez los azules y finalmente, al despabilarme, los rojos de la realidad. El borracho se había derrumbado sobre un árbol, que lo sostenía mientras balbuceaba, enojado.

—Flor de piña te comiste —me dijo Tuta, riéndose.
—¿Estás bien? —se preocupó Ricky.
—Sí, todo bien.

Entonces, una ola de silencio empezó a crecer por Olavarría, inundando voces, cuerdas y percusiones. A medida que el público se fue callando, los caporales y las murgas dejaron de bailar. Todos tenían caras de asustados. Yo no entendía qué estaba pasando. La gente miraba a todas partes, a lo lejos o cerca de ellos, cómo buscando algo. Los principales se sacaban las capas; los paraguayos las máscaras de barro, para ver mejor.

—¿Qué pasa? —le pregunté a mis amigos.

Ninguno contestó. Igual que los demás, se habían puesto pálidos. La multitud, por completo silenciosa, ahora perdía, además, el movimiento. Me encontraba en el medio de un gran baile paralizado. Intenté moverme pero la gente, convertida en un bosque cerrado de piedras, no me dejaba avanzar ni retroceder. Me dolía el medio del pecho y respirar me costaba trabajo. Tal vez mi cuerpo también había comenzado el proceso de petrificación. Tomé una bocanada profunda de aire, pensando que quizás era la última, y saboreé cada gota de oxígeno, inhalando despacio y aprovechando la mayor circulación de la sangre para recordar cosas felices antes de que todo se apagara. Una sonrisa me abrió la boca y después lo largué todo, el aire de los pulmones, las personas, los hechos y lugares que se me habían ocurrido. Colorín, colorado, pero no, porque el pecho se me infló de nuevo, la caja torácica se abrió, los músculos se estiraron, el corazón se dilató y después se contrajo, y otra vez, y otra vez, diástole, sístole, chorros de sangre fluyeron por las arterias y las venas y cada órgano recibió su parte. Entonces, fui capaz de levantar la cabeza. No era el único. Palomas y gorriones cabeceaban por los rincones, buscando migas y semillas. Enseguida, llegaron más. Cientos de pájaros aterrizaron, en bandadas, sobre los postes y los cables del alumbrado. Nunca había visto tantos. Si alguien me dijera que eran todas las aves de la historia de Villa Celina, podría creerle. Tal vez aquel gorrión fue testigo cuando me caí de la escalera, a los dos años; quizás a esa torcaza le robé los huevos, trepándome a los árboles de la General Paz con la barra del cabezón; seguro aquellos, entonces, cardenales de crestas rojas como las plantas, eran los mismos de las jaulas de la Feria. Ahora, por fin, disfrutaban de la libertad, revoloteando a sus antojos distintas esquinas y distintas infancias.

—¿Alberto? ¿Alberto, sos vos? —gritó llorando una de las mujeres de Giribone.

Alrededor de ella, la Porota y sus compañeras también volvían en sí. A medida que lo hacían, se ponían a gritar desaforadas, diciendo nombres, llamando a no sé quiénes. Los pájaros, espantados, salieron todos volando hacia el campito. El aleteo dejó una estela de plumas flotando en el aire que, de a poco, empezó a caer, como si nevara, sobre Olavarría y el Tanque de agua.

—¿Mi hermana? ¿Mi hermana está viva? —dijo una.
—¿Mi padre? ¿Mi padre está muerto? —dijo otra.

El bullicio despertó al resto de la gente y ahora las piedras, sacudiéndose del polvo de sus introspecciones, recobraron sus antiguos gestos humanos, echando miedo y sorpresa a diestra y siniestra. Rayos, electricidades, ectoplasmas a los ojos de la comunidad.

—¡Ha llegado el día! —la Porota abrió los brazos—. ¡Se abre el cielo! ¡Se abre la tierra!

Todo el mundo empezó a correr, presos de sus visiones. Las carrozas caían sobre los caporales; los bombos de la murga rodaban hacia el bajo de Ugarte, en dirección al Barrio Urquiza; las máscaras de barro de los paraguayos quedaban hechas trizas, pisadas una y otra vez; los mástiles de las banderas, lanzados a cualquier parte, se incrustaban sobre el barrio como si fueran la lluvia de lanzas de una montonera. Los pinchazos sobre las plantas, que todo lo recubrían, abrían los cuerpos gruesos de las hojas, y estas empezaban a sangrar hemorragias de savia, en partes roja, en partes ámbar, sobre el asfalto de la calle.

—Y vi a los que habían muerto —dijo Porota, que seguía en el mismo lugar, poseída—, *grandes y pequeños, delante del trono.*

Tuta y Ricky también se habían ido, corriendo detrás de sus propias apariciones. Ahora me encontraba solo, bajo la gran sombra proyectada por el Tanque, buscando entre la turba para ver si reconocía a alguno de mis abuelos, o a mi amiga Marina, que había muerto tan joven aquella tarde en el edificio 65, pero no lograba identificarlos, quizás los tapaba tanta gente corriendo y gritando, golpeando las puertas y las persianas como en los saqueos de mayo de aquel mismo año.

Traté de cruzar y caminar por Ugarte hacia mi casa, porque quería ver si mi familia estaba bien, pero la gente, descontrolada, empezó a tirar piedrazos a todas partes y se me hizo imposible avanzar. Quizás le apuntaban a fantasmas que no querían ver, porque además los insultaban y les recordaban cosas de antes, infidelidades, deudas y toda clase de viejos rencores. Preferí salir de ahí. Seguí por Olavarría hasta el campito, alejándome de las casas. Crucé San Pedrito y me interné en las canchas de la Sociedad de Fomento. Junto al potrero del 9 pescador, la gente de “El Circo de las Mutaciones” volvía tranquila y se metía en la carpa, que temblaba por el viento.

Una vez que entraron, me acerqué. Al lado de la carpa, había más de una docena de jaulas vacías, salvo cuatro: a la derecha, cinco monos, separados en dos jaulas; a la

izquierda, un león muy viejo, que dormía; en la punta, un animal raro de gran tamaño, parecido a un escarabajo. Jamás había visto algo parecido. Cuando avancé, los monos empezaron a gritar, y salió de nuevo un señor, rubio, alto y atlético, que miraba profundamente. Enseguida lo reconocí: era El Hombre Regenerativo de La Tablada.

—¿Venís escapando? —me dijo—. Podés entrar si querés.

Me metí en la carpa. Nadie me prestó demasiada atención. Arriba, cerca del techo, dos chicos practicaban acrobacias, volando en los trapecios. Los personajes charlaban entre ellos, en grupos, de pie o sentados sobre troncos cortados de eucaliptos. En un rincón, los actores hacían distintas tareas. El Soldado de la Independencia afilaba su sable con una piedra; el Enfermo desconocido doblaba pañuelos; el Petiso Orejudo martillaba hormigas del piso.

Por momentos, podía oír los gritos que llegaban desde el casco del barrio, pero pronto uno de los payasos puso música en un viejo tocadiscos, tangos con guitarras de Gardel, Corsini y Rivero. Yo los conocía bien, por la colección que me había prestado mi papá. Al acordarme de él, quise salir de nuevo hacia mi casa, pero El Hombre Regenerativo me detuvo y me dijo que no me preocupara, que iban a estar bien, que era cuestión de tiempo.

Nos acercamos a una ronda y me invitaron a tomar mate y a comer pochochos. Hablaban de temas del circo, de nuevos números que podían mejorar el espectáculo. El Presentador dijo que “El hombre de las Pampas”, al que también llamaban “El Yeti de pasto”, podía abrir las funciones prendiéndose fuego en la pileta de nafta, pero los payasos se enojaban y decían que la apertura siempre había sido de ellos, que no podían hacerles eso, que, en todo caso, podían incluir nuevas bromas, como una que estaban preparando que se llamaba “Las narices de brasas ardientes”. El Hombre Regenerativo opinaba que lo mejor era ir de menor a mayor, que una buena opción era arrancar con El Mago de Aldo Bonzi y su truco de “La paloma del Espíritu Santo”, pero los payasos no querían saber nada.

De pronto, el Presentador me ofreció la mano. Me quedé un momento paralizado, al notar que tenía muchos más dedos de lo habitual. Primero pensé que debía ser una malformación de nacimiento; después supuse que tal vez era otra de las mutaciones que se veían en aquel circo. Le di la mano. Sus numerosos y largos dedos me tomaban hasta la muñeca y parecía que crecían a lo largo de mi brazo, como si fueran ramas de una enredadera.

—¿Cómo se llama? —me preguntó.

—Juan Diego.

—¿Le interesa trabajar con el Mago? Porque anda necesitando un asistente. No es nada del otro mundo, tiene que abrirle y cerrarle las cajas, pasarle los bichos, los pañuelos, lo básico.

Me soltó la mano y se quedó mirándome, al igual que los demás. Yo me sentí descolocado.

- Y... la verdad que no sé, porque todavía me falta un año para terminar el colegio.
—¿Y de qué se recibe?
—De Técnico Mecánico.
—Bueno, piénselo. Tiene tiempo hasta el domingo, después nos vamos, no sabemos bien para dónde, si a Lomas de Zamora o a Monte Grande.
—Gracias —dije, y me puse de pie. Me voy yendo.
—Un gusto, pibe —saludaron los demás.

El Hombre Regenerativo insistió para que me quedara, pero yo estaba decidido y encaré hacia la salida.

- Bueno, que tengas suerte —me deseó.
—Gracias, igualmente para usted.
—Cuando entres al barrio —me aconsejó después—, caminá mirando el piso, no levantes la vista para nada, y metete en tu casa y no salgas hasta mañana.

Nos despedimos de nuevo y atravesé la cancha. En el este, sobre los monoblocks de la General Paz, el cielo ya estaba oscuro. Crucé San Pedrito y, aunque no entendía el consejo del Hombre Regenerativo, le hice caso y bajé la cabeza. Entré por Giribone y enfilé hacia la calle Ugarte, en dirección a mi casa. Cerca de mí, piedras y latas estallaban sobre los autos y las paredes. En el suelo, las poinsettias crujían cuando las pisaba y me daba la sensación de que decían palabras, que pronunciaban mi nombre y el de otras personas que conocía. Cada paso era un nombre distinto, salvo cuando las plantas se callaban las hojas, al apoyar los pies en un escombros o bandera, en una prenda de ropa o en cualquiera de los estandartes tirados, cuyas imágenes de santos y escudos de las colectividades se borroneaban por el polvo, la ceniza y el rojo vegetal de las estrellas.

Juan Diego Incardona, Buenos Aires, 1971. Publicó *Objetos maravillosos* (2007), *Villa Celina* (2008), *El campito* (2009), *Rock barrial* (2010) y *Amor bajo cero* (2013). Dirigió la revista *el interpretador*. Actualmente, trabaja en el programa "Memoria en Movimiento" de la Secretaría de Comunicación Pública, coordina ciclos de cine en el ECuNH, y es columnista de literatura en *Télam* y en el programa "Viaje al centro de la noche" (Radio América AM 1190). Administra el blog días que se empujan en desorden.

<http://www.elinterpretador.com.ar/>
<http://diasqueseempujanendesorden.blogspot.com/>